

HORACIO

(A propósito de una nueva traducción de las odas).

Está en mis manos el valioso manuscrito de las odas de Horacio, traducidas directamente del latín al castellano por don Francisco Vergara Barros, y ante este volumen, que he leído una vez y otra vez, ha venido a mi memoria, por ley de asociación de ideas, el tiempo de mis estudios clásicos en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en cuyo caliente hogar fue un discípulo y amigo el paciente y modesto literato sobre cuya hermosísima traducción ha querido la suerte que escriba yo estas pocas líneas. Y nada puede ser más halagüeño que esta tarea, en la cual el cariñoso empeño con que la principio de ninguna manera será igualado por el humilde fruto que se derive de mi pluma. Pero es que yo presentí, puede decirse, la gestación de este libro en el alma de su autor, y asistí con placer, hace treinta años, al silencioso nacimiento de las primeras elegantes odas vertidas por Vergara Barros a nuestra lengua.

La época feliz y ya lejana en que se establecieron los estudios clásicos en el Colegio del Rosario, era de florida renovación en todas las esferas del pensamiento, y un hálito fecundo de vida y juventud vigorizaba los espíritus en toda la extensión de la República. Un partido ardiente y generoso volvía a regir los destinos de la nación, y savia regeneradora y sana circulaba en abundancia por todo el organismo social. A semejanza del enfermo que ha pasado largas noches de vigilia y dolor, y recuperadas de súbito con la salud las antiguas fuerzas, aspira a pleno pulmón el aire de los campos, y quisiera beber con sus ojos toda la luz del cielo, así Colombia se alzaba rica de entusiasmo y ansiosa de arte

y ciencia y gloriosas empresas, bajo la enseña de la libertad en la justicia. Don Carlos Holguín, ese grande hombre de estado y ese grande humanista, había nombrado en 1890 rector del Colegio del Rosario al entonces presbítero don Rafael María Carrasquilla, y era este solo nombre una señal de combate, desplegadas al viento las blancas banderas de la ciencia filosófica cristiana y de los estudios clásicos y artísticos.

«Las bellas artes son hermanas, decía el doctor Carrasquilla en uno de sus jugosos opúsculos. Miguel Angel, que *alza* la basílica de San Pedro, es el mismo que *esculpe* a Moisés, *pinta* la capilla sixtina, *compone* *poesías* que son joyas de la literatura italiana. Rafael modificó y completó el maravilloso templo Vaticano y pintó la transfiguración y los frescos de sus *loggias* inmortales.

«No todos los artistas cultivan todas las bellas artes, pero necesitan no desconocer ninguna. Porque una misma, en sustancia, es la belleza que se actúa por el pincel, por el buril, por el compás, por el arco del violín, por la pluma, por la palabra oral. No hará pórticos corintios quien no evoque la historia de Atenas, las sombras de Pericles y Epaminondas, a Platón discutiendo con sus discípulos bajo las columnatas de los jardines de Academo. El Partenón es la obra del genio; la Magdalena de París, obra del libro y las medidas» (1).

Y con decir que a don Carlos Holguín le sucedió en el solio de Colombia don Miguel Antonio Caro, el príncipe de los humanistas y filólogos colombianos, habremos expresado con toda claridad que los estudios filosóficos y clásicos, que dijimos, tomaron en el Colegio del Rosario un no igualado y prodigioso vuelo. El señor Caro era en realidad un poeta y erudito del

(1) RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA. *Lo nuevo y lo viejo en la enseñanza.*

Renacimiento, y al paso que escribía hermosos exámetros latinos de perfección horaciana, pulsaba la lira castellana y le arrancaba graves y sonoros acentos; y así comentaba los padres de la Iglesia como con daga de oro vencía a sus más esforzados contendores en el estadio de la prensa. El doctor Carrasquilla había recibido las primeras lecciones de serios estudios en el colegio de su padre, el *Liceo de la Infancia*; había escuchado en el círculo familiar a los literatos más ilustres de su tiempo, y empapado desde temprana edad tanto en las doctrinas del *gay saber* como en los dominios filosóficos, no había en verdad varón más propio para confiarle la educación de la juventud y para amaestrar a los alumnos en las disciplinas literarias. Ya para 1891 había fundado en el Colegio del Rosario una cátedra de estética y otra de crítica literaria, a cargo del eminente poeta don Antonio Gómez Restrepo, cuyo solo nombre es un símbolo de gloria nacional; un poco después el presbítero doctor Carlos Cortés Lee ocupaba la cátedra de griego, y al influjo de los sonantes exámetros de Homero, comentados por el maestro, surgían a nuestros ojos las flotantes tiendas de los helenos confederados contra Troya, en el más memorable conflicto de dos pueblos antiguos; oíamos la voz solemne de Néstor y las enojadas quejas de Aquiles por la hermosa y dulce Briceida; nos arrebatava la poderosa voz de Demóstenes, y nos regocijábamos con los amenos idilios de Teócrito.

Pero fue don Miguel Abadía Méndez sin duda el que influyó de una manera más constante y efectiva en la dirección de nuestro espíritu a las disciplinas clásicas, por lo que dice orden a la fecunda y robusta literatura del Lacio. El nos explicó las concisas leyes de la gramática en el sabio texto de don Miguel Antonio Caro y don Rufino J. Cuervo; él nos fortificó la inteligencia

en el continuo ejercicio de esa dialéctica asombrosa; él nos hizo gustar el exquisito manjar de los clásicos de Roma, sobre todo en la época de Augusto; llevados por él de la mano recorrimos muchos de los encantados sitios de la Eneida y nos recostamos a la sombra de las copudas hayas donde hacen sonar su delgada zampoña los humildes personajes de las Eglogas; nos hizo asistir también con Horacio, ahora a los espirituales festines de sus amigos, con Mecenas a la cabeza, ceñida la frente de perfumada corona de rosas, ahora a la modesta granja del Venusino, protegida por la leve colina de Lucretil, que baña el sol de la mañana e ilumina el sol que se despide, y en fin, nos hizo vagar por los poéticos pensiles latinos, no sin trabajo, gustando aquí y allá rica miel, a manera de abeja, según Horacio quería:

.... *Apis Matinae*
More modoque,
Grata carpentis thyma per laborem
Plurimum, circa nemus, uvidique
Tiburis ripas, operosa parvus
Carmina fingo.

Las constituciones del Colegio del Rosario, obra sapientísima del arzobispo de Bogotá, fray Cristóbal de Torres, su fundador, habían sido puestas en plena vigencia, con adición de otras nuevas, que en nada modificaban el espíritu de las antiguas, antes bien, lo rejuvenecían; y el supremo Gobierno las aprobaba en 4 de abril de 1893, con lo cual quedaba cumplido el más vehemente deseo del nuevo rector, a quien si nadie ganaba en lo discípulo muy amante del doctor de Aquino, tampoco había quien igualase en lo enamorado de las bellas letras. A los nuevos colegiales no se les exigía noble abolengo, en el sentido monárquico, sino limpia cuna, en el concepto cristiano, y brillantez de facultades intelectuales, con igualada democrática; y estos co-

dad

legiales habían de ser, en toda la República, andando el tiempo, ejemplo de virtudes cívicas, portaestandartes de sabiduría y modelo de virtudes cristianas. ¿Y qué otra cosa podía entonces ilustrar más la vida de un ciudadano que la profesión de las letras unida a las disciplinas filosóficas? A este fin se creó por este tiempo el doctorado en filosofía y letras, y fueron los primeros alumnos de esta naciente Facultad, salvo mi humilde persona, lo más selecto entre el personal de los primeros colegiales. Citemos a este propósito unas bellas palabras de monseñor Carrasquilla en 1893, con ocasión de la clausura de estudios:

«En León XIII, el humanista y el filósofo, preparan al diplomático insigne; Gladstone fue literato antes de ser el primer político de Europa. El profesorado entre nosotros decae de día en día; los colegios departamentales, con locales, con rentas y privilegios, se ahogan por falta de personal docente. Nuestra modesta Facultad de filosofía y letras contribuirá a que no se apague en Colombia el fuego sagrado de la literatura y la metafísica; abrirá a muchos jóvenes la noble carrera del profesorado, y completará el personal de los colegios departamentales. Doce jóvenes de lo selecto del Colegio siguen hoy, con una fe que los honra, los cursos de la nueva Facultad.»

Todo era una resurrección en el Colegio del Rosario: los estudiantes con su brío, hijo de alta y generosa emulación; los catedráticos con su ferviente entusiasmo por comunicar sólido saber a sus discípulos, y entre todos, como hermoso roble entre menudos arbutos, la imponente figura del doctor Carrasquilla, con su frente levantada a manera de elevada fortaleza de diáfanos e inefables pensamientos. Pero no sólo los profesores concurrían al desarrollo mental de sus discípulos

los, sino que literatos y profesores de fuera del Colegio emulaban por difundir sus conocimientos en el antiguo claustro, y así pudo decir el Rector en el discurso de clausura de estudios citado:

«En este salón se han dado casi todos los sábados del año doctas conferencias literarias y científicas, dictadas o por los profesores del Colegio o por muchos de las más doctos varones de que se enorgullece la República. Hemos oído la culta y amena palabra de don Carlos Eduardo Coronado discurrir sobre asuntos estéticos; don Vicente Restrepo nos ha enseñado la historia de nuestros aborígenes; don Carlos Cuervo Márquez, el origen de las tribus americanas; don Carlos Holguín, los caracteres de la civilización indígena, que él conoce más que nadie; don Carlos Putnam, la refutación de la teoría de Lombroso; de boca de don Marco Fidel Suárez hemos aprendido las más hondas verdades de la metafísica, expuestas al alcance de todos; don Julio Mallarino nos ha hecho admirar sus conocimientos matemáticos; don Luis Martínez Silva nos expuso sus ideas interesantísimas sobre régimen municipal, y don Diego Fallon nos ha hecho palpar, en imágenes rebosantes de vida, las más abstrusas verdades metafísicas. Las conferencias fueron iniciadas por el doctor Carlos Martínez Silva, quien, la víspera de su partida para Norte América, quiso darle al Colegio, de que fue digno rector, nuevo testimonio de interés y de cariño.»

No es extraño, pues, que de ese encendido foco de amor a la ciencia saliera una ardorosa falange de jóvenes que en todos los distritos del pensamiento corriesen, a fuer de maestros y apóstoles, a llevar de un extremo a otro de Colombia la buena nueva de fecundas y hermosas doctrinas. Los novísimos doctores en filosofía y letras fueron los primeros que con insólito ardor se dispersaron en todas direcciones, y en el libro,

en el periódico, en la cátedra, se dedicaron a cumplir su misión de paz, poesía y ciencia. El gobierno de entonces los colmó de favores y los rodeó de prestigio, y en breve se pudo palpar a cuánto alcanza una buena educación científica y literaria sobre la incommovible base de creencias y prácticas sinceramente católicas. Pero, ¿qué no se podía esperar de una administración nacional regida por don Miguel Antonio Caro, el más alto de los pensadores colombianos, quien, en medio de una lucha sin ejemplo en los anales políticos, asae-teado por terribles flechas tanto de la derecha como de la izquierda, ni se abatió en la adversa fortuna, ni arrió el pendón de sus principios religiosos y políticos, ni descuidó tampoco el culto de las humanidades? Natural era que quien empuñaba el cetro del saber se complaciera en el engrandecimiento de una facultad que, como lo decía el doctor Carrasquilla, aspiraba a mantener el fuego sagrado de las letras y la filosofía.

No era extraño de consiguiente que en tan puro ambiente de cultura literaria y en tan grande expansión del alma juvenil tras nuevos ideales de arte y ciencia, apareciese la traducción de las odas de Horacio, bajo el amoroso techo del Colegio del Rosario, no como fruto temprano y enfermizo, sino a manera de producto espontáneo del medio, como cosa presentida y esperada. A veces la vocación tarda en manifestarse, y las fuerzas que han de ponerla en acto parecen dormidas en el fondo del corazón, hasta que un hecho súbito y casual las despierta y dirige a su fin. Sucedió así con el señor Vergara Barros. Apenas hubo gustado los primeros versos horacianos, cuando su encanto por el Venusino se pronunció en él de tal manera, que en ninguna época de su vida ha dejado de llevar consigo las Odas, como leve, dulce y necesaria carga.

Ya en 1896 publicaba el señor Vergara Barros sus primeras Odas, con galante dedicatoria a don Miguel Antonio Caro, junto con un estudio completo de la vida y obras de Horacio, todo lo cual le sirvió como lujoso coronamiento de su grado de doctor en filosofía y letras. Y se ha de tener presente que sus constantes estudios clásicos no le han estorbado en nada para su vida pública, como no estorban a nadie, y que en más de una ocasión ha intervenido directamente en los negocios públicos, a través de nuestras agitadísimas luchas democráticas, llenas de sorpresas, angustias e incertidumbres. En 1895 tomó parte en la rápida contienda armada de ese año, pronto extinguida (en la cual también nosotros vestimos la blusa militar), y en el día del sangriento choque no volvió las grupas de su caballo, ni soltó la espada, ni le fue preciso decir como Horacio:

..... *Celerem fugam*
Sensi, relictæ non bene parmula,
Quum fracta virtus, et minaces
Turpe solum tetigere mento.

Apenas coronada su carrera, pobre de dineros, pero rico en fe y entusiasmo para el bien, dirigió la instrucción pública en el Magdalena, de cuyo Departamento es hijo amantísimo; a su cargo estuvo después el Colegio de Ocaña, que regentó con mucho acierto y prudencia; pasó un poco de tiempo en Saint-Nazaire y otro en Génova, en uno y otro puerto como cónsul de la República; ha sido en otras ocasiones Representante por el Departamento del Magdalena al Congreso nacional, y dos o tres veces ha sido gobernador de aquella muy importante sección de la República.

Con todo, no se puede decir que el enojoso manejo de los negocios públicos y las consiguientes luchas políticas hayan absorbido por completo la atención del señor Vergara Barros. A más del afanoso trajinar con

escolistas y comentadores de Horacio, se ha mostrado como individuo esforzado para el trabajo, y merced a sus labores logró fundar un rico plantío del ubérrimo fruto cantado por Bello:

Y para tí el banano
 Desmaya al peso de su dulce carga;
 El banano, primero
 De cuantos concedió bellos presentes
 Providencia a las gentes
 Del Ecuador feliz con mano larga.
 No ya de humanas artes obligado
 El premio rinde opimo:
 No es a la podadera, no al arado
 Deudor de sus racimos;
 Escasa industria bástele, cual puede
 Hurtar a sus fatigas mano esclava;
 Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
 Adulta prole en torno le sucede.

Es Vergara Barros hombre de costumbres severas, económico y laborioso. Nada de extraño tiene que estas dotes naturales le hayan hecho amar tanto a Horacio, quien, a pesar de las erróneas ideas y licenciosas costumbres dominantes en su época, pudo mantenerse dentro de ciertos límites de moderación y se distinguió por un constante anhelo de perfección moral, hasta donde lo permitía la vacilante ética de su tiempo. Y si se nos preguntase cuál es el Horacio por quien Vergara Barros tiene singular predilección, diríamos que de ninguna manera por el epicúreo Horacio de las Odas sino por el estoico filósofo de las sátiras y las epístolas. Es que para que nos interese un autor se necesita que alguna analogía tengamos con él, que haya en nuestro espíritu una como especie de hermandad con el suyo. *Simile simili gaudet; similitudo est mater amoris*, dice la Escuela. Explicación, y no pequeña, tiene el que un

polemista católico y un filósofo austero de los subidos quilates del señor Caro no dedicase ni uno solo de sus útiles ocios a interpretar los dolorosos cantos de Leopardi, a pesar de que ninguno hay entre los modernos poetas que compita con éste en clásica perfección de formas; pero sí se concibe como cosa natural que Virgilio le interesara tanto, porque en él veía algo así como un gentil con dón profético y le cautivaba el héroe de la *Eneida* como un santo y apóstol pagano que con encendida fe y piadosa obediencia a los dioses había salido de Troya en llamas, conduciendo a Troya las vencidas deidades de la ciudad de Príamo.

Pero, a la verdad, desde cualquier punto de vista que se considere a Horacio, como filósofo, como crítico, como satírico, como encumbrado poeta lírico, ello es que este predestinado de la antigüedad ha tenido en todas las épocas del mundo civilizado enamorados intérpretes de su pensamiento, y es posible que el número constante de sus devotos, lejos de disminuir, aumentará con el curso de los siglos, mientras haya una sola alma que le tribute homenaje de admiración a la belleza. Millares de ediciones se hacen todos los años de la obra del afortunado Venusino, en todas las lenguas del mundo; los eruditos a porfía aclaran en diligentes escolios el recóndito pensamiento del afortunado hijo del liberto; aquí se comenta el valor de un adjetivo, allí se discute hasta una coma del texto; los personajes a quienes Horacio se dirige pasan a su lado como engrandecidos con la amistad íntima del poeta; se busca y estudia con cuidado el lugar apacible de su granja, entre los montes sabinos, y los filósofos hunden sus ojos en la enseñanza de las sátiras o las epístolas.

La vida de Horacio es por demás interesante; pero para estudiarla sobran documentos que escasean a menudo para poner en relieve otras vidas sin duda más

caras a la humanidad. La obra impersonal de Shakespeare poco nos ilustra sobre la vida del gran trágico, y los anales de Straford guardan discreto silencio sobre la infancia y juventud de su hijo predilecto; nosotros muy poco sabemos de la vida de Cervantes, y lo poco que él nos ha dicho no es suficiente para calmar la sed espiritual que nos domina por conocer hasta los más nimios detalles de su existencia, que se recata todos los días a la sombra que tras sí van dejando don Quijote y su bonachón escudero, al paso perezoso y lento de sus humildes cabalgaduras. Horacio todo lo ha revelado en sus sátiras y epístolas, y lo escaso que se nos oculta sólo da materia para ociosos y sutiles investigadores de cosas muy menudas, cuya ignorancia en nada afecta la concertada obra del amigo de Mecenas.

Lo que no se había puesto bien claro en la vida de Horacio era su constante tarea, casi de un místico pagano, a fin de ascender, grado por grado, la difícil escala del progreso espiritual. La crítica histórica ha establecido que su vida literaria y filosófica está casi toda comprendida entre la oda VII del libro II, acaso la primera, y la oda I del libro IV, el canto del cisne, entre los veintisiete y los cincuenta años de su edad. ¡Con qué precisión están señalados en sus odas los dos períodos extremos de su vida! En la primera recuerda la triste batalla de Filipos, cuando, casual aliado político de la juventud romana aristocrática, él, el hijo de un liberto, experimentó las angustias de la derrota, y si salió ileso del combate, no por eso dejó de hundir su luciente barba en el sucio polvo, *turpe solum tetigere mento*. En la última oda se dirige a Venus, cruel madre de los dulces anhelos, y con melancolía le ruega que prenda en otro pecho, que no el suyo, la llama de los juveniles amores:

*Desine, dulcium
Mater saeva Cupidinum
Circa lustra decem flectere mollibus
Iam durum imperiis.*

No fue poco el desencanto de Horacio después que, terminados en Atenas sus estudios y vencida la república en Filipos, vio con tristeza que no se le abría otro campo a su noble talento que el de ganarse el pan con los conocimientos adquiridos en las Escuelas de los retóricos. A su vuelta de la campaña de Macedonia sonó con aspereza el lenguaje de sus irritados épodos; pero apenas se le admite en el círculo de Mecenas, por empeños de Virgilio y de Varo, se calman sus inquietudes con la amistad del poderoso Octavio, pasa la primera y última crisis política de su vida, y una moderación invariable rodea con grave serenidad la frente del poeta. El agudo verso de Arquíloco no se compadecía con su suave y blanda naturaleza, y así tras de los épodos vienen las odas y tras de las sátiras aparecen las epístolas, género lleno de atrayente sencillez e ingenuidad encantadora, en que nadie le ha superado todavía.

Por entonces dos escuelas filosóficas se disputaban el imperio de las inteligencias en la moribunda república romana: los epicúreos y los estoicos. Horacio perteneció en sus floridos años a los primeros, y de aquí sus odas anacreónticas, de que luégo hablaremos; y en sus postreros años más bien se afilió en la escuela estoica, a la cual sólo se llegaba por el vencimiento de sí mismo y por la constancia en el dolor: *Abstine et sustine*.

En la época en que le tocó vivir a Horacio la república romana acababa de pasar por una larga y tormentosa serie de guerras civiles, y se había implantado un nuevo orden de cosas en que, merced a una política muy hábil, bajo las antiguas formas republicanas en realidad se había establecido el imperio. Las viejas tradiciones patricias de gobierno se relajaban o desaparecían; la orgullosa aristocracia romana había muerto en Filipos; la religión, antes tan respetada, ya no

tenía ningún poder sobre las almas, y un enervante escepticismo había reemplazado el viril entusiasmo de otros tiempos. La gloria, además, no tenía alicientes para la afeminada juventud de entonces, y el amor de los placeres fáciles, el lujo y la riqueza llenaban todos los corazones. La familia romana, a la manera de la del viejo Catón, había perdido todos los resortes del pudor y la *prisca virtus* y el noble *decorum* quedaba solo como un vago recuerdo de mejores épocas. Las nuevas patricias ya no eran las fieles guardadoras de los antiguos ritos, y así como Clodia, la hermana del feroz demagogo, a quien Cicerón llamaba *quadrantaria*, había muchas que tocaban la cítara y bailaban con menos recato del que correspondía a una patricia. Basta conocer los amores de César para comprender que la infidelidad de las matronas romanas era muy común en su tiempo, y hasta en su misma corte Augusto, desilusionado de sus esfuerzos por restablecer las creencias nacionales, tuvo que reprimir con mano fuerte los escándalos de su propia hija Julia.

La filosofía de Epicuro contestaba en cierto modo al estado de los espíritus en Roma, en tiempo de Horacio. Muerta la fe en los dioses, aunque en apariencia se les tributase culto, no había más remedio a los corazones que buscar la manera de hacer más dulces y duraderos los gozes de la vida presente. Epicuro no quería que la copa del placer se apurase toda de un trago, porque tras la intensidad del goce venía el negro y doloroso desencanto; por lo cual deseaba se apurase poco a poco, para que durase más, y libre de vanas congojas, el espíritu descansara en lánguida y suave placidez. A este temperamento sin duda corresponden casi todas las odas eróticas del Venusino.

Hay que tener en cuenta que en toda la obra de Horacio las mujeres desempeñan un grandísimo papel,

y si hubiéramos de creerle al poeta bajo su palabra de honor; si nouviésemos algunas dudillas de que muchos de sus amores son fingidos, a buen seguro que habríamos de afirmar que el amor ocupó una muy larga parte de su vida, lo que no se compadece quizás con su admirable labor artística ni con su macizo pensamiento filosófico. Lydia, tal vez a la que quiso más, si quiso alguna, Pyrrha, Leuconoe, Glycera, Cynara, Barine, Lyce, Neobule, Innachia, Neera, en fin, son una legión bastante numerosa para creer en la sinceridad de los afectos del poeta. Se deduce sí de todo esto que Horacio era demasiado inconstante en sus amores, y si inconstante era él, las mujeres de su predilección le pagaban en la misma moneda, lo que Horacio miraba por otra parte con el mismo desdén e indiferencia. El concepto de la mujer, el concepto que del amor se tiene hoy era muy distinto del que se tenía entonces, sin la purísima luz del Cristianismo. Lo que el sacerdote bendice en el altar no es la efímera unión de dos manos, sino la eterna unión de dos almas, y la conservación del linaje humano no se considera como mero resultado de un ciego instinto, sino como tendencia providencial hacia los fines que Dios mismo en su sabiduría le ha señalado a la humanidad entera. La gentilidad no miraba las cosas de tan alta manera; la consentida posesión de la mujer bastaba, y la pasión de los celos, en el sentido de la sociedad cristiana, tardaría aún muchos siglos en presentarse bajo la terrible figura de Otelo y la dulce y pura aparición de Desdémona.

Los romanos era posible que saludaran a Horacio más bien como poeta nacional, y se entusiasmaran por sus admirables cantos patrióticos mucho más que por sus odas a Pyrrha o a Lydia. Los filósofos cristianos, y aun de todas las épocas, sólo ven en Horacio sus excelentes máximas de moral, y de aquí el fervor con

que comentan sus obras en colegios y gimnasios clásicos; pero para algunos críticos lo más bello de sus obras, la verdadera poesía lírica se encuentra en sus versos anacreónticos.

¿Qué oda más diáfana y llena de gracia que esa en que con mal disimulada inquietud reconviene a Lydia porque en los tiernos lazos del amor tiene cautivo a Sybaris, quien, olvidado de los rudos ejercicios de la juventud, no se expone al polvo ni a los rayos quemadores del sol, ni concurre al campo de Marte entre los suyos, ni con áspero freno reprime un caballo de Galia? Teme Sybaris acercarse al amarillo Tíber y evita el aceite de los atletas como si fuera la sangre venenosa de una víbora (1).

Y como si Horacio a fuer de ternísimo amante perdonara a Lydia una y otra vez sus continuas veleidades, muéstrase todavía hombre débil y tenaz enamorado de tan voluble beldad, y cual si fuese tímido e incauto galán a quien apenas apuntara el bozo, arde en ira cuando ella alaba el cuello de rosa y los blancos brazos de Telefo, se le oscurece la mente, muda de color, lágrima furtiva se desliza por sus mejillas, y se le quema el corazón en llama lenta:

*Cum tu, Lydia, Telephi
Cervicem roseam, cerea Telephi
Laudas brachia, vae meum
Fervens difficilli bille tumet jecur.
Tum nec mens mihi nec color
Certa sede manet, umor et in genas
Furtim labitur, arguens
Quam lentis penitus macerer ignibus.
Uror, seu tibi candidos
Turparunt humeros inmodicae mero
Rixae, sive puer furens
Impressit memorem dente labris notam.*

(1) Lydia, dic. per omnes.

A la verdad que no concuerdan con el carácter muy conocido de Horacio semejantes extremos, y en estas primorosas odas sólo hemos de ver el arte consumado con el cual suele darles encantadores ropajes a los más insignificantes asuntos artísticos. Prueba también esto que las mujeres de Horacio no eran las recatadas y orgullosas damas que ocultaban sus intrigas de amor entre bellas pinturas griegas y ricos tapices, importados de Egipto, sino las blancas y graciosas libertas que en las calles y pórticos de Roma solían turbarles los sesos a los degenerados nietos de Catón y Paulo Emilio.

Pero Horacio no se detiene ahí no más, y dadas las libres costumbres de la época, parecía entonces cosa muy corriente que el amigo del taciturno y melancólico Mecenas, el protegido además del severo Augusto, le pidiese humildemente perdón a Grantidia, alguna mujerzuela, por la sátira de unos versos, y le rogara arrojase estos versos al fuego o al mar, y exclamaba:

*Compesce mentem! Me quoque pectoris
 tentavit in dulce juventa
 fervor, et in celeres jambos
 missit furem (1).*

Y en la oda siguiente que con ésta forma una sola oda, según algunos comentadores, Horacio convida a Tyndaris, hija de Grantidia, a la risueña granja de Lucrétil, en la Sabina, donde no ha de temer que caiga de sus sienas la corona que adorna sus cabellos. Por las risueñas colinas de Lucrétil cambia el dios Fauno el monte Lyceo, dice; allí Pan preserva de los ardores estivales y de los pluviosos vientos los ganados menores, y cuando el dios hace resonar su flauta en los

(1) *O matre pulchra filia pulchrior.*

profundos valles las cabras y cabritillos, libres de todo temor, se apacientan en las florestas; allí, en el fresco valle, añade, Tyndaris beberá el vino benéfico de Lesbos. Los dioses me protegen, exclama Horacio, los dioses aman mis homenajes y mis versos:

*Di me tuentur, dis pietas mea
 et musa cordi est.*

Una muy singular oda de Horacio es la en que canta la crueldad de Lyce. Se necesita no poco esfuerzo para imaginarse que el poeta, pequeño de estatura y por añadidura obeso, según su biógrafo, *corporis exigui, praecanum*, por propia confesión, estuviera tirado toda una noche a las puertas de Lycie, bajo la inclemencia del cielo, clamando con enternecido acento:

*Audis quo strepitu janua, quo nemus
 inter pulchra setum tecta remugiat
 ventis, et positas ut glaciet nives
 puro numine Juppiter.*

Un hombre que, como él, tan vulgar concepto tenía del amor, ni más ni menos que el que le merecía a todos los hombres de su siglo; un filósofo a su manera, en quien la moderación era la forma de su vida, antepone en sus odas el arte a la verdad, y en éstas no se encuentra nada de la sincera pasión de Catulo, amante verdadero, a quien se ha considerado algo así como un Musset de la poesía antigua. Más tarde Petrarca, el precursor o primer representante auténtico del humanismo en el Renacimiento, dedicaba a Laura centenares de baladas y sonetos, en los cuales la crítica moderna ha descubierto que la feliz dama de Aviñón, inspiradora constante del poeta, no es ni con mucho una realidad tangible, y que en casi todas sus canciones tan singular belleza sólo le sirve como simple material artístico:

Fra tanti e si bei volti il piu perfetto.

Afirma una y muchas veces el Petrarca que a Laura sólo la podía ver escondida siempre tras esquivo y trasparente velo, y hé aquí que en un soneto dice que un amigo, viejo en achaques de amor, encontró a la enamorada pareja en peregrino coloquio, y le obsequió

*Due rose fresche e colte in paradiso
L'altr'ier nascendo il di primo di maggio,*

y agrega con marcada complacencia:

*Non vede un simil par d' amanti il sole,
Dicea ridendo e sospirando insieme.*

La crítica exige hoy más sinceridad en los cantos de los poetas, y quiere que a la expresión de los más hondos sentimientos humanos corresponda hermoso y a veces trasparente ropaje. De aquí que se busquen con excrutadora y sagaz mirada los más triviales incidentes de estas vidas, perpetuadas en los versos, y se vayan a buscar documentos poéticos hasta en los humildes ensayos de adolescencia y juventud, como ha sucedido con los más oscuros y viejos manuscritos de Leopardi.

Dijimos que casi todas las odas de Horacio están impregnadas de un plácido epicureísmo y como consecuencia de ello la muerte se presenta a menudo a los ojos del poeta y le arranca melancólicos acentos:

*Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas
regumque turres. O beate Sesti,
vitae summa brevis spem nos vetat inchoare longam.*

Hay pues necesidad de apurar los goces, porque lo efímero de la vida nos lo impone. Es preciso el *carpe diem*, aprovechar la breve hora que se nos da, ya que la existencia humana tiene por único límite la muerte. Catulo exclamaba:

*Soles occidere et redire possunt;
Nobis, quum semel occidit brevis lux,
Nox est perpetua una dormienda.*

Media una profunda diferencia entre el hombre que cree en una vida advenidera, más allá del sepulcro, y el que niega en un todo su posibilidad. El uno considera el placer, aunque fugaz, como el fin de la vida, y el otro mira el dolor como medio para alcanzar la plenitud del goce, en el mundo invisible de las almas. Lígase así la rápida vida actual con la futura; y a la continuación indeterminada de la humanidad, como especie, en la tierra, se agrega la eternidad del sér racional, como espíritu, en la región de la Verdad absoluta.

¿Pero en el interno deseo de perfección que experimentaba Horacio había de permanecer siempre en la escuela de Epicuro? Sus odas, sus sátiras, sus epístolas, todo nos dice que nó. Poco a poco iba operándose una transformación en él. *Non eadem est aetas, non mens.* En el estado del espíritu humano en ese tiempo, desaparecidas, como se ha dicho, las antiguas creencias, las clases instruídas y elevadas inquirían entre densas tinieblas la respuesta al gran interrogante de la vida y de la muerte, y el viejo y soberbio Pórtico parecía dar algunas soluciones, que acogían con entusiasmo las almas inquietas y desconsoladas. Era que la humanidad estaba en visperas de la llegada del Hijo de Dios, y los corazones se sacudían sin saber por qué, como las aves de los bosques, en la oscuridad con el presentimiento de la aurora.

El estoicismo formaba por entonces en Roma una secta singular, y como era una doctrina rival del epicureísmo, a Horacio en un principio le repugnaban sus exageraciones, por lo cual mirábalo con discreta desconfianza, pues que pugnaba con una naturaleza como la suya, de índole moderada y consiliadora. Las paradojas de los estoicos le sobresaltaban; no hay grado entre la virtud y el vicio; todas las faltas son iguales;

sólo el sabio es libre, rico y poderoso. *Sensus mores-que repugnant*, decía Horacio.

Desde el primer momento los estoicos en Roma comenzaron por ejercer un a manera de apostolado laico. Valíanse del método eurístico, y por sabias y diestras preguntas hechas a algunas personas del auditorio trataban de hacer inteligibles a las gentes humildes sus difíciles doctrinas. Extendían por dondequiera el ejercicio de la predicación, y predicadores ambulantes recorrían las calles, las plazas, e invadían los pórticos y las termas, anunciando la nueva moral. Era pobre y triste su aspecto, un bastón en la mano, un zurrón al hombro, el manto descosido y roto, la barba larga y descuidada y los cabellos en desorden, en suma, los filósofos de las encrucijadas, como entonces los llamaban (1). Todo esto sin duda desagradaba al culto amante de Lydia.

Horacio, como se dijo, observó en los comienzos la doctrina de los estoicos con marcada antipatía; pero advirtió luego que los años con su rápido y silencioso paso van conduciéndonos del medio día al poniente. El corazón se quebranta con el duro curso de angustiosos e invencibles desengaños, y un día echamos de ver que la nieve ha caído sobre nuestros cabellos y que el desenlace postrero se aproxima. ¿A dónde recurrir entonces, dada la ética de Horacio? La religión no daba ya esperanzas. Era preciso volver los ojos a las máximas de la filosofía, y muchas gentes buscaban los consuelos de algún filósofo estoico en sus últimas horas.

Éstas profundas consideraciones no dejarían de influir en la lenta conversión de Horacio al estoicismo, aunque ésta no se ostentó de una manera formal y resuelta,

(1) Edmond Courbaud.--*Horace, sa vie et sa pensée a l'époque des épîtres.*

sino como solía hacerlo él en todo, ocurriendo a las medias tintas entre las doctrinas opuestas. ¿No es por otra parte un retrato del verdadero estoico éste de Horacio? Miradle:

*Justum et tenacem propositi virum
non civium ardor prava juventium,
non voltus instantis tyrani
mente quatit solida, neque Auster,
dux inquieti turbidus Aadriae,
nec fulminantis magna manus Jovis:
si fractus ilabatur oris
impavidum ferient ruinae.*

Aquí aparece el hombre justo, que firme en sus principios está exento de angustias. No perturban su mente ni el furor de los irritados ciudadanos, que lo apremian, ni el rostro amenazante del tirano, ni el Austro, dominador borrascoso del Adriático; y aunque el mundo se trocara en pedazos, a poder de Júpiter omnipotente, permanecería impávido entre las ruinas.

Estoicismo puro es el de la oda *Ad amigos*, en la cual encarece el amor a la patria, como dulce y glorioso. La muerte va en pos del hombre que huye, ni perdona a la cobarde juventud que dobla las rodillas o vuelve la espalda; el valor, que no conoce la ofensiva repulsa, fulge con brillantes honores y no concede o quita las insignias del mando por el mero capricho del aura popular. El valor, que abre el cielo a los que merecen la inmortalidad, tienta desconocidas sendas, y con rápido vuelo huye de la vulgar muchedumbre y de la tierra manchada (1).

Y todavía es un canto a la escuela estoica la sombría pintura que hace de Régulo, cuando, cumplido su

(1) *Angustam, amici, pauperiem pati.*

heroico mensaje, se despide para Cartago, donde le espera crudelísima muerte:

*Fertur pudicae conjugis osculum
parvosque natos ut capitis minor
ab se removisse et virillem
torvus humi posuisse voltum,
donec labantes consilio patres
firmaret auctor nunquam alias dato,
interque moerentes amicos
egregios properaret exul.*

Fue Horacio también el primero que, antes que Séneca y Lucano, haya hecho el elogio del severo Catón, considerado desde entonces como el tipo y modelo acabado del estoico:

*Audire magnos jam videor duces
non indecoro pulvere sordidos,
et cuncta terrarum subacta
praeter atrocem animum Catonis.*

Como Horacio es un poeta múltiple, a las odas epícuras de sabor anacreóntico, y a sus otros cantos líricos, en que se manifiesta un pensamiento estoico, hay que añadir sus himnos patrióticos, que hacen del Venusino un verdadero poeta nacional y pudiéramos decir oficial, en la corte de Augusto.

Horacio no tenía por qué lamentar el orden de cosas implantado por Octavio. Los grandes personajes de la época republicana habían muerto uno en pos de otro desde las terribles, sangrientas y crueles guerras de Mario y Sylla, y a él, siempre hijo de un liberto,

Me libertino natum patre, et in tenui re,

ningún vínculo lo ataba con los restos de la aristocracia, ya muy decaída, que aún quedaba en el Senado, ni con las decantadas tradiciones de la república, de que se vanagloriaban tanto los descendientes de Scipiones

y Pompeyos; y si su pulcra educación en Atenas, entre los jóvenes patricios, le daba derecho a pertenecer a los altos círculos sociales, Horacio más bien esquivaba el contacto con los grandes personajes, y reservaba su amistad para un pequeño cenáculo de hombres ilustrados, entre los cuales se encontraba principalmente Mecenas.

Reconocía también Horacio que a él no se le había concedido la amplitud, arrebató y vuelo de la poesía pindárica, *mihi parva rura et spiritum Graiae tenuem*. Así muchos de sus cantos patrióticos nos parecen fríos a nosotros, lo que no les sucedía quizás a sus contemporáneos. Muchos de estos cantos no son expresión propia del pensamiento de Horacio, sino eco de la política de Augusto. Mecenas creía que el género lírico de Horacio, ensayado por primera vez en Roma, le convenía por su brillo a la majestad del imperio, y cuando después del tercer libro de las odas, aún le reclamaba otros, no expresaba sus propios sentimientos, sino que hablaba como un gran político.

Augusto anhelaba por restablecer las antiguas prácticas religiosas; pugnaba por volver a las rígidas y severas costumbres que tanto habían contribuido a la gloria y poderío de Roma, y nada era más a propósito para ello que hacer que la lírica épica y religiosa resonara en honor de la vieja ciudad de la Loba, desde los confines del Ponto Euxino hasta las riberas del mar Cantábrico. Horacio y Virgilio habían llegado a tiempo, y uno y otro contribuían poderosamente tanto al lustre y grandeza del imperio como a los fines políticos de Augusto.

Cuando se supo la muerte de Cleopatra en Roma, Horacio alzó un canto de regocijo por tan grande acontecimiento. En esto no hay que mirar sólo una lisonjera alabanza de Augusto, sino también una sincera explo-

sión de alegría tras las inquietudes de todo género que habían perturbado por tanto tiempo la paz de la república, y ante una guerra tremenda entre dos rivales poderosos y ante un no igualado drama de amor y de amenazante grandeza entre dos amantes imperiales, en presencia del mundo.

El más brillante de los cantos patrióticos de Horacio es el *Carmen saeculare*, dedicado a la gran fiesta nacional que llevaba a cabo Augusto, para hacer que volviera a resonar como un eco duradero y hondo de las grandiosas tradiciones antiguas. Horacio se complacía en proclamarse en esta ocasión solemnísimamente del pueblo romano en juegos que se celebraban cada un siglo, y según decían acusiosos voceros de la historia, debían verificarse precisamente en 737, en que el nuevo siglo comenzaba. Dos coros, el uno de nueve doncellas y el otro de nueve mancebos, cuya voz no se ha apagado aún, entonaron en el campo de Marte el canto secular. El poeta en esta vez, como en el *Exegi monumentum aere perennius*, tuvo la visión esplendorosa de la gloria de su nombre en los futuros tiempos, y jamás hubiera pensado que en remotísimas edades, destruido dioses y templos paganos, sus versos continuarían siendo modelos no superados de belleza, al amparo de una nueva doctrina que habría cambiado todos conceptos del mundo y de la vida, y que apenas unos pocos años después de su muerte, el nuevo culto aparecería triunfante en el madero de una cruz, símbolo de escarnio.

Por todo lo que se acaba de decir, se comprenderá que el Venusino hizo vibrar su áurea y armoniosa lira en todos los tonos, desde la fugaz y dulce poesía anacreóntica, hasta la ágil, brillante y encendida oda de vuelo pindárico. Cantó el amor, cantó a la patria, rindióle en sus versos culto fervoroso y constante a la vieja

religión romana, y sus estrofas se adaptaron admirablemente a su pensamiento filosófico. Es este pensamiento en verdad el que menos predomina en sus odas, ni se puede tener de ninguna manera como dato auténtico de su filosofía, porque en sus poesías líricas atiende más que todo a la forma y al efecto artístico. Las odas vinieron después de las sátiras y los épicos, cuando el genio de Horacio había llegado a su mayor esplendor, y el estudio de los poetas de Lesbos, Alceo y Safo, le habían hecho concebir modelos de incomparable poesía lírica, a la vez que los poetas alejandrinos, Calímaco y Teócrito, libres de la fragilidad y la falta de vigor de su escuela, habían ejercido influencia en los giros de su pensamiento y en las formas de su estilo. Las odas de Horacio son, pues, obra de inspiración y al mismo tiempo producto el más acabado de arte y perseverancia, con el realce además de una sencillez admirable.

Estas consideraciones patentizan las dificultades muy grandes con que ha de tropezar el traductor de Horacio, porque, dado el maestro, tiene que ser no menos sobrio, ni menos sabio, ni menos exquisito que él en la elección de formas, para vaciar en adecuado molde su macizo pensamiento. La facilidad de Horacio para pasar de un asunto a otro, de una a otra oda, y aun dentro de una misma poesía lírica, es tan grande y frecuente como en ningún otro poeta, y es ésta otra de las cosas que se oponen a una fiel y elegante traducción de las odas. Y si tenemos en cuenta el muy diverso carácter de las dos lenguas, la latina y la castellana, a la cual entre muchas otras faltan las formas de la conjugación perifrástica, se tendrá una idea no aproximada todavía de lo difíciles que son estas clases de versiones.

No perdamos tampoco de vista lo extraordinario y agitado de la época en que le tocó vivir a Horacio, en la cual los más famosos acontecimientos se sucedían con extraordinaria rapidez. Cuando nació el Venusino estaban en vigor las formas verdaderas de la república, y Cicerón se presentaba como candidato al primer consulado, y a su muerte se había establecido el imperio y la cabeza del orador había caído entre los graznidos siniestros de las aves del cielo. Su niñez se pasó entre tormentosos acontecimientos. Cuando la muerte de Antonio y de Cleopatra, Horacio apenas tenía treinta y tres años, y el tiempo más importante de su existencia corresponde al de la preparación y consolidación del poder de Augusto, bajo sus dos grandes ministros, Mecenas y Agripa.

Los héroes y dioses de las poéticas leyendas mitológicas no ocurren en la obra de Horacio con tanta frecuencia como en Ovidio, por ejemplo; y si bien es verdad que en el Venusino las deidades paganas no asumen la importancia que tienen en los cantos homéricos, en que los dioses parecían convivir en íntimo contacto con los hombres, no se pueden considerar ni con mucho como meras ficciones sin consistencia y vida, porque para el pueblo sencillo de Roma no habían perdido toda su poderosa eficacia. El traductor de literatura antigua necesita un constante estudio de los mitos romanos y griegos, porque a través del mito el sentido poético aparece con toda su nitidez y hermosura.

¿Y cuál es la recta pauta para las acertadas traducciones poéticas? Fidelidad y elegancia a la vez, según lo exigen muy inteligentes y doctos traductores, como don Miguel Antonio Caro (1). «Esta máxima,

(1) *Traducciones poéticas*. Introducción.

dice, que resume exactamente toda la doctrina relativa a las traducciones poéticas, y presupone, por lo demás, una clara explicación e inteligencia de lo que fidelidad y elegancia significan, está por sí sola declarando la gran dificultad de traducir acabadamente a un poeta.» Y más adelante continúa: «Y como el arte de traducir en verso requiere el estudio comparativo de las lenguas y de los escritores, el continuo examen del pensamiento y de la forma que reviste, el conocimiento de los medios de expresión, de los recursos rítmicos, de sus equivalencias y diferencias, no es extraño que este departamento literario ande en lo doctrinal abandonado y desconocido, y cuente en lo práctico con escaso número de cultivadores entendidos.»

En lo tocante a las traducciones en verso, hay mucha discrepancia sobre el verso y la estrofa que se hayan de elegir, y no está por demás presentar aquí como un resumen de la doctrina de las más competentes autoridades en esta materia, a fin de que el lector se forme alguna idea de los muchos escollos que encuentran los más hábiles traductores.

«Una poesía lírica debe traducirse en estrofas, dice don Andrés Bello; pero hacerlo en estrofas dificultosas es añadir muchos grados a lo arduo del empeño en que se constituye un intérprete de Horacio, que trata de dar a conocer, no sólo los pensamientos, sino el nervio y la hermosura del texto» (1). El señor Caro, ya citado, después de indicar, en cierto modo el clásico terceto para reproducir sin estrechez ni redundancia el dístico latino, añade: «El endecasílabo suelto, o no rimado, propicio a la fiel traslación de los conceptos, sólo se sostiene bien en trozos de poca extensión, en breve agota sus recursos, y a la larga ca-

(1) Andrés Bello. *Las poesías de Horacio*. I del

rece de fuerza, variedad y armonía; fuera de que en los trozos en que la poesía original se mueve en una región media, sin adornos líricos ni brillante fraseología, el verso libre, falto de este auxilio, aparece descolorido y prosaico. La silva, mejor que el verso suelto en toda obra larga, alcanza alto grado de armonía, y halaga el oído por la variedad y graciosa disposición de las rimas, sin cautivar otras facultades de percepción interna ni recomendarse a la memoria por la regularidad arquitectónica. Hay casos en que es preciso elegir entre dificultades de versificación grandes, pero no insuperables, y una deficiencia al cabo inevitable.»

A su vez Meléndez y Pelayo conceptúa que dos maneras hay de traducir a un poeta de la antigüedad: «Una y otra, dice, tienen ventajas e inconvenientes. O se calca el texto, en cuanto lo permite la diferencia de lenguas, sin amplificar, ni desleír, ni parafrasear nada, y entonces cabe la paráfrasis y se tolera todo linaje de primores y aliños métricos. El Ilmo. Montes de Oca está por el segundo de estos procedimientos: yo me inclino más al primero; pero respeto su opinión, y sobre todo me agradan sus versiones» (1).

Don Francisco Vergara Barros, en esta esmeradísima traducción, a semejanza de Horacio, emplea numerosa variedad de metros y estrofas. Campea unas veces el verso libre, otras la silva de amplios cortes, algunas veces el sáfico, el romance de ocho sílabas a veces, y en algunas ocasiones no pocas formas estróficas de difícil arquitectura. Si la fidelidad y la elegancia son, como se dijo, las dos cualidades sobresalientes de toda traducción, no será difícil asegurar que una y otra se dan la mano en esta traducción. Sería prolijo entrar en el estudio minucioso de estas versio-

(1) *Poetas bucólicos griegos*. Prólogo.

nes ni ese trabajo nos hemos propuesto; pero pudieran cotejarse estas traducciones con algunas otras de renombrados poetas, y no sería extraño deducir un buen saldo en favor del nuevo traductor de Horacio. Veamos, por mera vía de muestra, unos dos ejemplos en que nos parece que la versión de Vergara Barros supera en sabor antiguo y sencillez horaciana, en nuestro juicio, la de elegantes traductores, o por lo menos la iguala, y advertimos que desde ahora diferimos sin replicar al parecer de las personas doctas. Es verdad que según la opinión de altas autoridades Fray Luis de León, si fue excelente imitador de Horacio, no fue algunas veces afortunado traductor, y en cuanto a nuestro incomparable compatriota don Rafael Pombo, aventuramos con timidez la comparación:

*Aurum per medios ire satellites
et perrumpere amat saxa potentius
ictu fulmineo; concidit auguris
Argivi domus, ob lucrum
demersa exitio; diffidit urbium
portas vir Macedo et subruit aemulos
reges muneribus; munera navium
saevos inlaqueant duces.*

Car. III, 16.

El oro tiene tanta
Fuerza, que va por medio de la guerra,
Y las piedras quebranta
Con más fuerza que el rayo viene a tierra;
Por oro destruída
Fue la casa de Argivo esclarecida.

El rey Filipo hendía
Las puertas y los muros torreados
Con dones, y vencía
A los reyes contrarios obstinados;
Pone el dón extranjero
Al feroz capitán grillos de acero.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Por entre centinelas se abre paso
 El oro, y, más que el rayo, poderoso,
 Quebranta la dureza de las rocas.
 La sed del oro sumergió la casa
 Del adivino de Argos en la sima,
 Con regalos el rey de Macedonia
 Franqueaba las puertas de las urbes
 Y volcaba los reyes enemigos.
 Hasta los más feroces capitanes
 Encadenar con dádivas se dejan.

VERGARA BARROS.

*Plerumque gratae divitibus vices,
 mundaque parvo sub lae pauperum
 cenae sine aulaeis et ostro
 sollicitam explicuere frontem.*

Car. III, 29.

..... ¡Cuántas veces

Fue grato al rico el variar! y cuántas
 La limpia cena del hogar del pobre.
 Sin dignidad de púrpura y tapices
 No dilató la preocupada frente!

RAFAEL POMBO.

Frecuentemente ha sido
 La variedad al rico placentera;
 Y una cena frugal, cuando se toma
 Bajo el techo del pobre, por manera
 Sencilla, no entre púrpura y tapices,
 Desarruga a menudo una hosca frente.

VERGARA BARROS.

Claro está que Vergara Barros no ha pretendido, ni pretende, que su obra alcance, ni de lejos siquiera, los límites de la perfección, ni eso sería posible en ninguna obra humana; pero durante treinta años ha sido un trabajador consciente, discreto y tenaz, que no ha cesado un instante en la gran tarea de reproducir con

materiales de nuestra lengua la armónica y brillante arquitectura horaciana. Ha leído y releído los más celebres comentadores del Venusino, y no hay escoliasta digno de atención que no haya estudiado con amor y perseverancia. La modestia verdadera del autor de estas traducciones lo pone a cubierto de toda sospecha de vanidad. Por otra parte Vergara Barros es un literato y un artista y se contenta, como Horacio, con pocos lectores, *contentus paucis lectoribus*. Toda traducción nueva de un autor antiguo, a más de las condiciones artísticas y técnicas necesarias a todos estos difícilísimos trabajos, es una nueva interpretación de un producto literario a través de un temperamento. Como quiera que sea, el alma del traductor se trasparenta más o menos en la obra que traduce, y nunca es labor inútil ni superflua. Además las traducciones de Horacio no son en castellano, ni numerosas ni libres de muchísimos lunares.

«Yo creo conocerlas todas (las traducciones de Horacio) dice Menéndez Pelayo, y aseguro de buena fe que quien no sea erudito o latinista (y mucho menos quien lo sea, porque éste no necesita traducciones) no podrá leer siquiera dos páginas, sin dormir y dejar caer el libro de las manos. La versión de Villen de Biedma, preceptor granadino, la del P. Urbano Campos, jesuíta en el colegio de Lyon de Francia, y la (por otra parte apreciable y literal) de don Joaquín Escriche, que son las más corrientes (prescindo aquí de las manuscritas), han de tenerse, no por traducciones literarias, sino por interpretaciones, palabra por palabra, para abreviar a los muchachos la fatiga de la traducción. Las dos o tres que hay en verso de todo Horacio, v. g., la de don Felipe de Sobrado, impresa en la Coruña en 1813, no pueden excitar más interés que el de la codicia bibliográfica. Sus autores, meros latinistas, sin gusto ni

aliento poético, emprendieron obra muy superior a sus fuerzas: yo las he recorrido una a una con el deseo de encontrar algo utilizable para este tomo, y no he podido entresacar una oda sola.»

Y hablando más adelante de don Javier de Burgos asienta que «la palma que tan liberalmente se le otorga entre los intérpretes de Horacio la merece sólo por sus buenos trozos, y no por muchas odas prosaicamente traducidas y debidamente versificadas, que sólo trasladó por el compromiso en que se había puesto de traducirlo todo» (1).

En Colombia sólo dos poetas, uno y otro cumbres altísimas de nuestra literatura, han traducido a Horacio: don Rafael Pombo, que tradujo algunas odas, y de quien dice el mismo Menéndez Pelayo que «no las hay más valientes y atrevidas en nuestra lengua,» y don Miguel Antonio Caro, cuya magistral traducción, no completa, apareció en el primer tomo de sus obras, publicado no há mucho (2). Hale tocado a don Francisco Vergara Barros la insigne gloria de enriquecer las patrias letras con una traducción completa de las obras del Venusino, a quien así apostrofaba el inmortal autor de *Horacio en España*:

La belleza eres tú: tú la encarnaste
Como nadie en el mundo la ha encarnado,
A tu triunfal corona las preseas
Grecia engarzó de su mejor tesoro:
Rindióte Jonia las melosas voces,
Con que Anacreon arrulló a Batilo,
Tebas el ritmo en que de Dirce el genio
Loara al púgil en la lid triunfante
Y al vencedor en la cuadriga rauda:
Del enemigo de Licambo hubiste

(1) *Odas de Q. Horacio Flaco*. Advertencia preliminar.

(2) *Flos Poetarum*

El crudo hierro convertido en yambo,
La alada estrofa en que de Cleis la madre
Supo inflamar con fervidos amores
A bien trezadas virgenes lesbianas,
Y el són de Alceo, entre borrascas hórridas,
Al opresor de Mitileno infausto,
Todo, rey de la lira, lo abarcaste,
Pusiste en todo la medida tuya,
El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
La concisión, secreto de tu numen.

Agosto, 1921.

LUIS MARIA MORA
De la Academia Colombiana.

ORACION

PRONUNCIADA EN LA FIESTA DE LA BORDADITA EL 9
DE OCTUBRE DE 1921

*Ego mater pulchrae dilectionis et timoris
et agnitionis et sanctae spei. In me gratia
omnis viae et veritatis; in me omnis spes
vitae et virtutis.*

Yo soy madre del amor hermoso, y del temor y de la ciencia y de la santa esperanza. Por mí se alcanza la gracia de conocer la verdad y de atinar con el camino que va a ella.—ECCLO. XXIV.

Excelentísimo señor Presidente de la República.
Ilustrísimo y Reverendísimo señor Rector.
Respetable Claustro.
Señoras. Señores:

Hay actos solemnísimos en la vida del hombre ansiosamente esperados durante mucho tiempo que al llegar el instante de gozarlos no pueden saborearse como pensáramos, porque el temor no nos deja y el miedo nos domina por completo. Es aquello de la copa traidora de los placeres, de que nos habla el poeta, en cuyo fondo hay un grano de acibar que amarga el contenido.